

sino de manjares puros, de leche de las vacas sagradas, ofrecida en oblación, y de miel de abejas; luego ni aun ese sustento material admiten, y se nutren sólo del aire balsámico de la selva; más tarde, de ayunos y oraciones, y por último llegan, á fuerza de maceraciones y penitencias, á adquirir santidad tan prodigiosa, que la armonía de la creación se les revela, y su substancia mortal se identifica con la increada y eterna de Brahma, Siva y Visnú: consagran cuanto tocan, y el universo entero, en una aspiración de amor, se abisma en su alma contempladora y profunda. Pues este sublime mito ariano parece que se ve realizado en la persona del Pontífice. Las líneas etéreas de su cuerpo y rostro; la transparencia de su tez, semejante á vaso de alabastro con una luz puesta dentro; la blancura argentina de sus canas; su cándida veste; su andar ligero, que apenas se apoya en el piso; todo le da aspecto de sér celestial, ya exento de las imposiciones de la materia y de las groseras funciones biológicas. Ni carne ni sangre: espíritu no más en este hombre.

Dicen que León XIII escribe hermosos versos latinos: así será, y no he de regatear-

le al anciano dulcísimo su puesto en el Parnaso; pero imagino que debemos recordar aquí la rima de Becquer:—Poesía... eres tú.—No podrá nunca el Papa componer oda en sáficos ó adónicos que equivalga á su manera de imponer las manos, de bendecir, de hablar, de andar y hasta de sonreirse. Poesía, sí, y de la más real y épica, era aquella doble hilera de gente arrodillada, trémula de emoción y alegría, y aquella ancianidad pacífica, augusta, superior á las miserias, á los pecados que perdonaba, abriendo como el pelícano su corazón de fuego para que entrásemos todos en él, dejando con el contacto de su mano una frescura celestial en las sienes y una gozosa humedad en las pupilas... ¡Ah! Después de sentir aquella diestra redentora que ata y desata en la tierra y en el cielo, yo sé de fijo que ninguno de los que estábamos allí pudo dudar de la bondad divina, ni dejó de lucir ante sus ojos, como aurora boreal, el dogma de la misericordia, de la caridad y del perdón...

.....
La postdata que añado á esta crónica algunos días después de escrita, pide á voces la anterior línea de puntos suspensivos.

Trátase de un cuento asaz chusco, inventado, sin duda, por el mismo corresponsal del *Figaro*, que narró tan serio el gran peligro corrido por el *arzobispo* de Madrid al incendiarse con una colilla el vagón que ocupaba. Ha descubierto, pues, este noticiero fecundo que el Papa, durante la audiencia, conociendo, sin duda por el olor, á los curas de ideas carlistas, hubo de recomendarles que «amasen mucho á su Reina, elegida por Dios para darles la paz.» Séame el mismo Dios buen testigo de que no acuso á la prensa; yo entiendo que si una paparrucha corre y se propala, no es tanta culpa de los que escriben, que ya lo hacen con su por qué, cuanto de la benemérita candidez del público, que se lo traga todo como pan bendito. ¿Qué mucho, si hasta personajes legitimistas como el príncipe de Valory, que no en balde se me figuró á mí siempre un tanto sencillo, por no decir otra cosa, aceptaron la grilla y se dedicaron con gran formalidad á interpretar el alcance de frases que León XIII no ha pronunciado nunca, y que, digo más, no pronunciará tampoco?

Para que se vea la sinceridad con que hablo. Yo creo que León XIII (y ahora le considero únicamente como príncipe y de

á un lado todo aquello de la poesía y le quito por un minuto á su veneranda cabeza el nimbo de la santidad) sigue una política conciliadora, huye de radicalismos, se mantiene en excelente armonía con los poderes constituídos, y guarda exquisita neutralidad en ciertas cuestiones arduas. Creo que privadamente estimará mucho á la buena señora que ocupa el trono de España, y concedo más: la querrá con paternal afecto como á otras dos ó tres soberanas que también, además de ser unas excelentes damas, le muestran al Papa altísima consideración, y le dan incesantes pruebas de cordialidad y cariño. Todo esto es regular y natural, y por lo mismo que de ello se deduce la prudencia, el acierto y la diplomacia del gran Pontífice, debiera ser parte á que nadie le atribuyese intempestivas y pueriles declaraciones, ajenas á su discreción, mesura, apacibilísimo recato y claro talento.

Esta es la razón moral de que el Papa no soltase la arenga consabida. La razón natural, es que á menos que cada presbítero y párroco *carca* llevase un cartelito diciendo —«Beatísimo Padre, yo soy carlista»— maldito si sé cómo lo podía adivinar el Pontí-

fiere. Y la tercera razón de que sea una grilla el discurso atribuído al Papa, es que el Papa no lo dijo ni soñó en decirlo; y en verdad que si pongo delante esta razón, pude ahorrarme las demás.

UN CICERONE GRATIS.

ROMA 9 DE ENERO DE 1888.

Descrita ya la audiencia que el Padre Santo nos otorgó á los romeros, *paulo minorra canamus*; yo dedico estas páginas á la flor y espejo de los *cicerones* en Roma, al artista hasta los tuétanos, mi buen amigo Luis Llanos, del cual voy á escribir tales cosas, que necesitará echar mano de toda su incansable amabilidad para sufrir con paciencia la nube de viajeros ó *turistas* que se le vendrá encima, como moscas á la miel, cuando sepan la fuente de delicadas satisfacciones y de goces artísticos que es el trato de esta guía Baedeker encuadernada en paño gris é impresa en cuarto prolongado, —y dispénseme la broma el monarca de la ciceronesca grey, puesto que él mismo da ejemplo burlándose siempre de su descomunal estatura.

Guía Baedeker he dicho, y me retracto,

porque las guías, aun las más completas, son tan sosas y pálidas, como animadas, vivas y personales las explicaciones de Llanos. Lo que hacen escribiendo Thierry, Michelet, Walter Scott, todos los autores que sienten correr el manantial oculto y ven en las tinieblas de la historia, lo realiza Llanos de palabra, ayudado por una imaginación de fuego y cera, una prodigiosa memoria, un conocimiento exactísimo de fechas y lugares y una felicidad de expresión que pone al alcance de todo el mundo la filosofía del arte y de la historia romana. Yo, que pecaré de todo excepto de desagradecida, siento por Llanos gratitud considerable, pues me ha iniciado en los misterios de todos los períodos de Roma, desde el etrusco, con sus rudas construcciones de *tufo* volcánico, hasta los esplendores del Renacimiento, eternizados en mármoles y bronce. Quince ó veinte gruesos volúmenes que leyese, sobre levantarme jaqueca, no me enseñarían lo que estas *paseggiate archeologiche* á través del Foro, el Palatino, los Museos y las Catacumbas. Por cierto que he tenido la satisfacción de ver tan interesadas como yo en las resurrecciones ó evocaciones artísticas de Llanos á dos

damas españolas muy distinguidas, lo cual nada tiene de particular, y entendidísimas, lo cual ya es más raro: la señora de Creus y la de Conde Luque. Al triunvirato que formábamos dió Llanos el nombre de las *tres ciegas*, pues las tres somos miopes, y á fuer de tales, encarnizadas y golosas en mirarlo todo y no perder detalle ninguno, preguntando más que el Catecismo, pero escuchando como en misa.

—Lástima que usted no sea un pedante —dije á Llanos el día en que nos obsequió con su entretenidísima conferencia sobre el Foro;—porque con poco pedante que usted fuese, vaya un pisto que podría darse, sabiendo lo que sabe así como el que no quiere la cosa. Cuatro términos retumbantes, unos anteojos de oro en lugar de esos quevedos, un estilo pesadísimo en vez de esos términos familiares y esas guasas chuscas, un cerrarse y esconderse á los profanos en igual de contarles estas curiosidades arqueológicas á señoras y niños, y ya vería usted cómo, oficiando de Don Hermógenes, le tenían á usted respeto más de cuatro alemanes. Del modo que usted se produce, las gentes se van á creer que todo lo que usted cuenta se aprende en media hora.

Y es que es verdad. Hay personas que tienen el don de ponerse á explicar la mayor tontería, la manera de freir un buñuelo, verbigracia, y convierten tan sencilla operación en un monte de dificultades, y aburren al auditorio, y nadie se entera de lo que se han propuesto decir; y hay otras que, al contrario, tocan puntos arduos, asuntos serios, y les prestan el movimiento, el atractivo y la picante gracia de una chismografía de actualidad. Trataré de indicar el procedimiento.

Represéntese la escena el pío lector: pasa en el área inmensa del Foro, entre rotas columnas, ruínas de basílicas y templos, fragmentos de mármoles, mutiladas estatuas, pluteales soberbios, aunque medio despedazados, airosos monolitos y arcos de triunfo. El cicerone está de pie, enarbolando el paraguas, único instrumento científico de que se vale, y las tres ciegas aprietan los párpados, guiñan los ojos, afianzan los quevedos en la nariz y aferran los gemelos de teatro, esperando la explicación, antes de la cual, hablando francamente, no entienden palabra de aquel laberinto de destrozados monumentos y cimentaciones complicadísimas que parecen cruzarse y confundirse.

—Atención—exclama el conferencista.—
 ¿Pero á dónde demonios están ustedes mirando? Si no es allí, es un poquito más allá... de esta parte. Y mucho cuidadito donde ponen los pies, que ese piso está horriblemente húmedo. Fíjense ustedes bien en la disposición de lo que era esto antes de que existiesen semejantes edificios. Las voy á trazar á ustedes el plano. (Dibuja con la contera del paraguas unos jeroglíficos sobre la mojada tierra.) Esto que señalo aquí, son las dos eminencias que separaba un pantano: aquélla, donde estaba Alba, y ésta, donde empezaba á fundarse Roma. En medio un charco, nada más que un charco, ¿comprenden ustedes? llamado el lago Curcio. Que por cierto lo desecó Tarquino para hacer la Cloaca Máxima... esa cloquita que está sirviendo desde hace dos ó tres mil años; una alcantarilla, la cosa más vulgar del mundo, que sólo por ella, me resultan los romanos el pueblo más civilizado de cuantos Dios crió... Ya las llevaré á ustedes á que se asomen á la Cloaca, que sencillamente un asombro. Bien: figúrense ustedes las dos ciudades. Alba, una aristocracia cerrada y feroz: al que cogían m: lo trincaban y me lo hacían esclavo; derecho de ciudadanía, á

nadie; unas instituciones de echarse á temblar sólo con leerlas... Bueno; pues llega Rómulo, que debía de ser un mocito despabilado, y les planta en frente otro pueblo, pero donde se admite á todo el mundo, y todos son ciudadanos, y hay libertad y derecho. Y aquí empieza la función entre Alba y Roma. Ahí tienen ustedes á los romanos y á los sabinos mirándose de reojo desde las dos alturas del Palatino y el Capitolio. Pero como ven en medio esta extensioncita, aquí se reúnen y se tratan; esto es terreno neutral. Para eso servía entonces el Foro. Nada, que aquí donde estamos nacieron las instituciones romanas, porque sí, porque aquí tenían que nacer. Esta gente vivía, en cuanto al gobierno, en forma colectiva y pública. Ningún pueblo ha respirado mejor. Vuévanse. Miren el arco de Septimio Severo. Pues allí, allí existieron los célebres Comicios. Y allá la Curia. ¿Observan ustedes ese sistema de escalinatas? ¡Qué bien representan la constitución de Roma! Abajo el pueblo; los nobles un poquitín más en alto, y el Senado encima, imponiéndose á griegos y troyanos. Anden ustedes un poquito... mucho ojo con esas escaleras... ¡La mano! Eso es... Que alguna ciega se me

desgracie, por Cristo... Aquí, acérquense ustedes aquí. ¿Ven este montón de piedras? Son... ¡poca cosa! Son los Rostros.

—¿La tribuna de los oradores?

—¿El sitio desde donde soltó Cicerón las Catilinarias?

—¡Ah! ¿Es aquí donde estaban las proas de las naves cartaginesas?

—Cabalito, señoras... ¿Ven ustedes? Aquí se colocaba el orador, todo descubierto, para que accionase con nobleza y no hiciese gestos ridículos... Desde aquí habló muchas veces César, y detrás ¡noten! había estos burladeros para poderse escabullir cuando la cosa acababa á capazos... A César, sus partidarios, que se colocaban por aquí, ¿se enteran ustedes? le protegieron mil veces la retirada para que no dejase piel... Luego, como César era larguísimo, conocía las mañas de los Rostros, así que subió á dictador los mudó de sitio diciendo que aquí no estaban bien, y con ese pretexto les quitó importancia y los dejó en segundo lugar. Claro, al Imperio no le hacía gracia la tribuna dichosa... y le dijo: ¡chitón! Hacia aquí... por este lado, aquí mismo, estaban las tiendas, y aquí cogió el tremebundo de Virginio, del mostrador de un

carnicero, el cuchillo para acogotar á su hija, después que el triunviro Apio le jugó aquella mala pasada... Miren ustedes los restos de la basílica de Catón. En las basílicas se reunían los romanos á vender, comprar, charlar y saber noticias: las basílicas eran algo así como el Mentidero, la Puerta del Sol y la Bolsa de Roma... Pues consideren ustedes este mogote que casi no representa nada en la historia del mundo. Es el famoso *ombigo de Roma*, la miliaria áurea, el centro del mundo por unos cuantos siglos: de aquí partían todas las medidas de todo el universo... Miren ustedes este pluteal. ¿Ven ustedes ese arbolito esculpido ahí? Es el *ficus ruminal*, la higuera sagrada: á su sombra dicen que la loba amamantó á Rómulo y Remo; ese *ficus* vegetó muchos años en el Foro, y al venir el Imperio romano el piso mustio y se secó, con gran sentimiento de todos los romanos... El pastor que está al pie del *ficus* es el marido de la loba ó lupa, el *nodrizo* de los gemelos... Anden ustedes un poco más, que encontraremos el templo y el convento de las Vestales.

—Como quien dice, las Salesas Reales de Roma.

—Eso. Fíjese usted bien. Aquí estaba el área del templo de Vesta: esta escalinata y estas bases de columna son de él aún. Esto se ha descubierto hace muy poco: el Gobierno se gasta unos cuantos milloncesos en desenterrar la Roma antigua. Mire usted: al lado del templo—atención, unas gradas: no se me caiga ninguna de ustedes—tenían estas buenas señoras su conventito, que era una maravilla de lujo. Ahora estamos en el locutorio. Raspo un poco la tierra... ¿Ven ustedes el mosaico? ¿Ven los restos de los jaspes y pórfidos que lo revestían? Por este rincón anda el molino donde molían la harina para los sacrificios. Aquí está la piedra. Pues ahora van ustedes á ver lo que habían discurrido las pícaras de las monjitas para cuidarse. Entren ustedes en esta habitación. Observen el suelo. Como este sitio era muy húmedo, porque todo el Foro fué y será un pantano, imagínense ustedes qué se les ocurrió: rellenan las fundaciones con ánforas de barro...—ahí las ven ustedes,—y luego ponen el pavimento encima. Que les echasen reuma á las Salesas romanas. Veán ustedes: por ahí arriba tenían sus habitaciones; vivían en el piso segundo. Y aquí tenemos arrimadas al muro las esta-

tuas de las Vestales más notables... Son retratos fieles, porque ya saben ustedes que la escultura romana retrata; no busca el ideal, como la griega.

En efecto, hasta una docena de blancas estatuas, envueltas en graciosos y cándidos paños, muy castos y finos, con algo de monástico en la pudicicia del traje y en la disposición del velo que les ciñe la cabeza, yacen pegadas á la pared. Recuerdan la Doña Inés del *Tenorio*: son religiosas de hoy, de nuestros días. Empezamos á examinarlas, con el interés que les presta el saber que estas mujeres de mármol vivieron.

—Esta era guapa... ¡Qué manos tenía tan lindas! Y qué joven... ¡Ay, ésta qué fea y qué ríjeja! En cambio, la que sigue... ¡vaya una buena moza! ¡Qué bien le caen los hábitos!

—Oigan ustedes... Por aquí estaba la Suburra, un barrio empecatado, lo peor de Roma; y tan cerquita de las Vestales... por más señas que en él vivía César; vamos, tampoco era la mejor vecindad para estas señoritas... ¿No les parece á ustedes?

—¡Bastante mala!—respondimos todas á coro.—Y como al fin estas monjas paganas sólo hacían votos por diez y ocho años, y

entraban y salían y eran algo andariegas... ¡vaya usted á saber! De modo que Julio César...

Al extinguirse las risas, pensé para mi sayo: ¿puede haber mejor prueba de la vida que posee esta explicación histórica? ¿Pues no estamos despellejando á las Vestales y á César lo mismo que si fuesen contemporáneos nuestros?

JORNADA FLORENTINA.

FLORENCIA 11 DE ENERO DE 1888.

Pasar un día en Florencia la bien empedrada, y pasarlo así, queriendo verlo todo, aunque sea al vuelo, es darse una indigestión de arte, quedarse aplastado bajo el peso de tantas magnificencias, y desesperarse ante la imposibilidad de entender lo visto, de asimilarse algún jugo. Florencia requiere quince ó veinte días de religiosa contemplación, y creo que ninguna ciudad puede estampar en el espíritu del artista huella más seria y educadora. Porque Florencia es una afirmación categórica, robusta, inteligible desde el primer instante; una armonía perfecta, una cadena de esmalte y rubíes, en que ni un solo anillo falta. En Florencia no hay aquella serie de capas geológicas sobrepuestas de Roma, que desasosiegan el ánimo, desorientan, imponen el contraste, la antítesis, y, al fin y al ca-

bo, entristecen por la contemplación de las grandezas fenecidas y de las vicisitudes y tragedias históricas. En Florencia—la ciudad más monumental y más rica en obras de arte que acaso adorna al mundo—no encuentra el viajero *una sola ruína*, y, por consiguiente, no le asalta esa *morbidez* lírica y ensoñadora, complicada y llena de pesimismo, que causan los desmoronados torreones, los derruidos claustros, las celdas vacías y desiertas; al contrario, experimenta un sano sentimiento de equilibrio, reposo y admiración desinteresada y perfecta, totalmente clásico: el sentimiento que debe experimentar el escultor cuando caen al suelo los paños que cubren á un modelo de ideal belleza.

Por desgracia, para fortalecerme y bañarme en estos corrientes, cristalinos y puros raudales del Renacimiento italiano, dispuse solamente de veinticuatro horas—es decir, de doce, pues la noche no se cuenta.—Salí de Roma la mañana del 10: pensé haberlo hecho la víspera, en la grata compañía de Vildósola, el antiguo amigo y compañero de legislatura de mi padre, y cono- cidísimo director de *La Fe*; pero uno de esos quidproquos tan fáciles cuando se viaja con

billete circular, ocasionó que Vildósola se metiese en un tren donde creía que íbamos ya rodando Ortega Munilla y yo, y pensando reunírseos, se adelantase á nosotros y nos precediese en el camino de Florencia á Venecia. Al sumergirme en el mar de las grandezas florentinas comprendí que era preciso, á semejanza del codicioso á quien le presentan tesoro riquísimo de monedas, joyas y preciosidades, no pudiendo cogerlas todas, elegir y reservarse alguna, á reserva de volver, cuando las circunstancias se lo permitan, á apoderarse del resto.

Si Florencia no es la cuna, es el emporio del arte italiano, y en el recinto de sus muros alentaron la lengua y las letras toscanas, que obtuvieron en Italia la misma hegemonía que las castellanas entre nosotros. Aún dora su ambiente un reflejo de la munificencia medicea, del imperial esplendor de aquella familia que supo entender que el dinero nunca se emplea tan bien como gastándolo en fomentar el florecimiento artístico. Rebosan en Florencia las obras maestras de la pintura y la escultura; la inspiración mística, movida y vivificada por un aura renaciente, se derrama en las paredes de sus templos incomparables; y esos

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
1940. 1625 MONTERREY, MEXICO

nombres que en otros países hacen inclinarse las frentes y cruzar por el alma un soplo de sagrado terror—Dante, Miguel Angel, Maquiavelo, Galileo,—son aquí familiares y suenan en labios de todo el mundo cual si fuesen de amigos que acabasen de pasar por la calle ó de despedirse la víspera saliendo á corto viaje de recreo. A donde quiera que convirtamos la vista nos deslumbra el brillo de algún astro de primera magnitud: el ático donaire, la cargada intelectual del Renacimiento salta en cascadas de luz desde los labios de Boccaccio y el Aretino; la flor de la pintura se abre en manos de Giotto, y la más suave y delicada concepción del arte cristiano flota como ideal perfume sobre las tablas del Beato Angélico. Pero aquí lo gótico—que abunda, á pesar del predominio del Renacimiento puro—no tiene ese tinte doloroso y sombrío que le comunicó en otros países la influencia del Norte. En lo gótico de Florencia percibimos la alegría y el ritmo feliz, la calma reparadora, la mesura y proporción que distinguieron á Grecia; así es que la transición desde los prerrafaelistas al Renacimiento es insensible, y el ángel se vuelve hombre sin advertirlo. En estas iglesias no se concibe

la invectiva blasfema de Josué Carducci, cuando acusa al cristianismo de crucificar el alma humana, de inficionar el aire de tristeza y de asombrar la hermosura y el júbilo de la creación.

Repito que para no sucumbir abrumada por tanta hermosura artística, para no ahogarme en este río de ambrosía y néctar, hube de elegir... y opté por las estatuas que adornan un sepulcro.

Por orden de un Papa Médicis, aquel genio sin par que se llamó Miguel Angel y que señoreó con igual poderío la arquitectura, la escultura y la pintura, sin renunciar al poético lauro, erigió el mausoleo donde la familia de los magníficos señores de Florencia durmiese el eterno sueño coronada por las artes que le debieron impulso. El alma del artista patriota sangraba, sin embargo, al ver decaídas las instituciones de su patria, de la libre república medioeval, y en vez de expresar con el cincel la gloria de una raza ilustre y de recordar á una dinastía reinante la pérdida de sus miembros, tradujo algo más grave y más hondo, la libertad marchita, la ciudadanía aherrojada y exánime. Quien mire estas cuatro estatuas famosas, la Noche, el

Día, la Aurora y el Crepúsculo, piensa oír el ronco gemido que exhalan, y las ve hoscas y tétricas, penetradas del mismo sentimiento que torturaba el espíritu del escultor. Yo no me atrevo á despertar ahora—ante una maravilla reconocida y acatada por todo el mundo—el eco apagado de lides estéticas recientes, ni quiero hacer de Miguel Angel un precursor del naturalismo; pero aseguro que el arte miguel-angelesco en las estatuas de la tumba de los Médicis es lo más real y humano que conozco. Procede de Grecia por la robustez, la pujanza y la verdad anatómica; pero va más allá que la concepción clásica, pues busca la expresión y rompe cierto convencionalismo de armonía y elegancia sobrenatural á que Fidias y Praxiteles rindieron tributo.

Largo tiempo permanecí admirando las cuatro estatuas, subyugada por la fuerza y el empuje del titánico cincel que las arrancó del bloque donde todavía permanecen medio incrustadas. Ni la Noche ni la Aurora son bellas: al contrario. El desnudo que enseñan es el de mujeres ya desfiguradas por los años y la maternidad: no lucen aquel seno alto y mórbido de las Venus atenien- ses; no el vientre puro y liso como una val-

va de nácar; no el brazo redondo y la garganta y muslo semejantes á fustes de columnas corintias. Son hembras que han vivido y sufrido; pero tan grandiosamente comprendidas, hechas con tal amplitud dramática, que nos comunican la indignación y el dolor que late en sus flancos fecundos. Su enigmática actitud de reposo no engaña á nadie: duermen, pero vigilan; parece que dicen por boca del que las creó:

«Me es grato dormir y ser de piedra mientras duren el daño y la vergüenza de la patria: tengo á dicha grande no ver ni sentir: no me despiertes pues... ¡Habla bajo!»

Por la tarde, cuando ya el Arno se teñía con los fulgores del poniente, subimos á San Miniato, para ver á nuestros pies extendida la aristocrática, la señorial ciudad. La nieve cubría el severo perfil de las montañas; el coche iba al paso, y contemplábamos á Florencia coronada con una tiara de brillantes—la refracción del sol en la cristalería de sus palacios, basílicas y torres.—El frío era tan vivo y glacial, que nos estre- mecíamos al mirar la desnudez de bronce de las estatuas. No recuerdo panorama más noble, más augusto. Al mismo tiempo, la

soledad y la melancolía de la princesa destronada iba causándome un género de pena que llamaré *la pena de lo grandioso*: el vértigo de la admiración continuada y violenta, que enerva y rinde.

UNA VISITA

Á SAN ANTONIO DE PADUA.

PADUA 13 DE ENERO DE 1888.

En mi itinerario de viaje circular por la Italia del Norte, el punto culminante era la detención en Venecia, donde he pasado dos días memorables tratando y estudiando al duque de Madrid, más conocido de mis compatriotas bajo el castizo nombre de *Don Carlos*. He tenido la satisfacción de que el representante de *El Imparcial* en la romería española, Ortega Munilla, al manifestarle mi propósito de llegar hasta Venecia y saludar al biznieto de Carlos IV, se declarase determinado á emprender la misma expedición con igual objeto, indicándome que después de ver y hablar á Don Carlos de Borbón y Este, escribiríamos nuestras impresiones en sendos artículos que, tirados á dos columnas, verían juntos la luz en

el periódico más leído de España. Y quiso mi buena suerte que, realizada la entrevista, ó mejor dicho, las entrevistas con el dueño del palacio Loredán, Ortega Munnilla me participase que prefería romper la marcha y enviar delante sus impresiones, apenas se lo permitiese la premura del tiempo y un ligero resfriado que le molestó durante la estancia en Venecia. Ni de encargo me podían haber salido mejor las cosas. Porque imagino que si el público lee con algún interés mis trabajos, lo debo á la franca libertad con que dejo reflejarse en ellos el pensamiento ó la emoción artística; porque presumo que ni la amistad me ciega, ni me engaña el instinto, ni, en suma, podría, aunque lo intentase, dar gato por liebre á mis lectores; y sentiría á par del alma que, al tratarse del duque de Madrid, la justicia y la verdad que guiasen mi pluma se confundiesen con rastros de fiebres políticas que me calentaron la cabeza cuando tenía pocos años y mucha necesidad de invertir de algún modo las energías de mi activo espíritu. Acusación de que me veré salvada habiéndome precedido y abierto camino una persona como Ortega Munnilla, á quien nadie tendrá la ocurrencia

de llamar carlista ni reaccionario siquiera.

Quédese, pues, Venecia, sus románticos canales, sus misteriosas góndolas, el palacio Loredán y su dueño para dentro de unos días, y ahora séame lícito prestar vida á una borrosa imagen de la Edad Media, que ya refresqué en mi *San Francisco*: á un fraile, cuya basílica es ejemplar curioso de ese estilo oriental del bajo imperio, que tan típica representación posee en la de San Marcos de Venecia.

Dista Padua de la reina del Adriático una hora de ferrocarril, y todo el tiempo que duró el trayecto vimos á ambos lados del tren las lagunas, apacibles y verdosas como luna de espejo veneciano. Si se alzaba de su seno angosta zona de tierra firme, la cubría una delgada capa de nieve.

Apenas saltamos en la estación de Padua, comprometimos un desvencijado landó que nos condujo á la basílica del *Santo*; el *Santo* por antonomasia, aquél cuya memoria y culto se conservan tan vivos aún, que el único altar de Florencia que ví guarnecido de exvotos, de guirnaldas, de corazones de oro y plata, cuajado de luces, es el suyo. Ni en Italia ni en España conozco devoción más ferviente que la que San An-

tonio de Padua infunde. Cariño popular, confianzudo y democrático. San Antonio de Padua, á la vuelta de siete siglos, no ha cesado de ser confidente y consolador de las pequeñas desdichas domésticas; el que encuentra el dedal que se le pierde á la costurera y la moneda de plata cuyo extravío es causa de que la infeliz criada vea puesta en tela de juicio su honradez; el Santo, á quien representan las esculturas caseras risueño, sonrosado, frescachón, entretenido en tierno jugueteo con el niño Jesús, que desnudo y gordezuelo retoza amablemente con el fraile franciscano, de redondo cerquillo y extática sonrisa. Pues este Santo familiar, burgués, cuyas aras parece que en vez de olor á incienso deben esparcir el sano perfume de espliego de los hogares modestos y honrados, fué—y la mayor parte de sus devotos quizás lo ignoran,—un tribuno de las libertades italianas, un defensor de la plebe contra la soberbia de los poderosos, un jurado enemigo de la tiranía, un martillo de los déspotas á quienes derribó á sus pies, sin emplear más medios ni más armas que su oratoria inflamada y persuasiva, su inquebrantable firmeza, su ardiente compasión por los humildes.

Había en el siglo XIII en Padua dos hombres, tan aborrecido el uno, que se le creía hijo del demonio; el otro tan adorado, que el pueblo se disputaba hilachas de su sayal. El primero disponía de tropas numerosas y aguerridas, y en las sombrías cárceles donde velaba su guardia de sicarios, entraba hacha en cinto el verdugo para segar la cabeza de paduanos que sólo habían delinquido en no poder pagarle el oneroso tributo ó en no rendir á su opresiva dominación la dignidad de ciudadanos libres. El segundo no tenía más que su lengua, incansable en predicar, en anatematizar la iniquidad, la rapacidad, la vejación, el derramamiento de sangre; y cuando la multitud no se atropellaba por oírle, los peces del Adriático salían de las azules olas y se apiñaban en la ribera, como los delfines del Archipiélago griego para escuchar los versos órficos.

Un día el tirano Ezelino, el enemigo de Dios, el hijo de Lucifer, quiso seducir con presentes al franciscano taumaturgo, á San Antonio, el amigo de los pobres; y el fraile mendicante se rió del soborno, como se había reído de las amenazas de muerte. ¿Qué le podían importar las riquezas á él, que había abierto el pecho de un avaro y

extraído en vez de corazón una piedra? Para el milagroso fraile luchar con el lobo Ezelino era un juego. Todos los días, en aquel siglo de dureza y crueldad, se le veía interponerse entre el marido celoso y la esposa trémula; conceder voz articulada al infante para defender la honra maternal, y resucitar á la mujer asesinada, cuando ya por la herida que abrió el puñal del cruel señor había corrido toda su sangre. Esto era San Antonio de Padua.

Detrás de triples puertas de plata sobredorada, repujada y cincelada con adornos delicados y exquisitos; sobre una gradería de mármol y jaspe, un sacerdote, revestido con alba y estola, murmurando en latín, en voz llena de unción, el responso conocidísimo,

Si buscas milagros, mira. .

me enseñó, al través de los cristales de gótico relicario salpicado de piedras preciosas, un pedazo de carne amojamada, oscura, pero donde se reconoce muy bien la forma de una lengua humana. Es la del taumaturgo. Es la lengua bienaventurada que nunca pronunció sino palabras de caridad y amor, ó de indignación y santa cóle-

ra contra los malvados; que no se encenagó en los deleites de la gula y de la materia, sino que como lengua de fuego derritió los corazones y llamó sobre la cabeza del tirano la maldición divina. Hinchidos están los tres departamentos del relicario de preciosidades artísticas, de primores de orfebrería y esmalte, de cálices empedrados de brillantes, de portentos del cincel y el buril; mas lo confieso, aquel trozo negro de carne momia era lo único que me infundía veneración.

Y cuenta que en la basílica rebosan las obras de arte y las curiosidades de toda especie. Los relieves, cancellas y estatuas de bronce, en ninguna iglesia del mundo tan numerosos, pueden ponerse al lado de aquellas puertas del bautisterio de Florencia, que Miguel Angel creía dignas de cerrar el paraíso. El carácter oriental de la basílica, con sus cúpulas bulbosas y sus agudos minaretes, armoniza perfectamente con el de la capilla donde descansa el cuerpo del Santo, y que más que capilla debo llamar camarín de sultana mora, alumbrado por infinitas lámparas como para una fiesta, y realzado por los dos colosales candelabros de plata, los más suntuosos que existen en

el orbe. Pero tantas riquezas, sin excluir la deslumbradora del tesoro, no valen la sagrada reliquia de la lengua del Santo y de sus dientes, conservados en otro relicario no menos magnífico, digno del escaparate de un Museo.

Esta iglesia bizantina, fastuosa, recargada de ornato, barroca á veces, encierra algunos claustros donde veo, mejor que en el camarín oriental, al discípulo de San Francisco de Asís: claustros de arcos severos, románicos, incrustados de viejas sepulturas, solitarios, de una tranquilidad reparadora. Igual aspecto apacible se advierte en toda la ciudad de Padua. Los soportales que en ella abundan le prestan un recogimiento especial, de pueblo antiguo, y dan sello arcáico á los establecimientos más vulgares. Mi excelente amigo el director de *La Fe* y yo entramos en una confitería persuadidos de que era una iglesia: tan bellos arcos calados, tan lindas cresterías y rosetones la decoraban.

Lo que nos divirtió infinito fué el dédalo de arcadas, bóvedas, callejuelas, plazoletas y columnatas en que nos perdimos buscando la entrada de una torre que debe de ser fantástica figura y no construcción real de

ladrillo, pues por más vueltas que dimos no fué posible hallarle acceso.

En cambio encontramos una ridícula estatua de Victor Manuel: la facha mas cómica que han visto ojos humanos. Desde Donatello, que fundía en bronce la encantadora figurita ecuestre del general veneciano que campea en el atrio de San Antonio, hasta el autor del mamarracho que estamos viendo, ¡qué Calvario han recorrido las artes en Italia! Miremos siempre hacia atrás; el pasado se ríe del presente.

LORETO.

ANCONA 14 DE ENERO DE 1888.

En todas partes voy encontrando fragmentos de la romería, grupos de españoles que, después de la audiencia papal, se desparramaron por Italia. Anteayer, cruzando en góndola bajo el terrorífico puente de los Suspiros, me saludaron desde otra góndola con el *felices días* más castellano del mundo; hoy, por las naves de la basílica lauretana, no he oído resonar sino el idioma patrio. Es entretenido de veras escuchar lo que cuentan los españoles de sus andanzas y aventuras, sobre todo en Nápoles. Regresan horrorizados de la subida al Vesubio. El caso no es para menos. Veintitantas pesetas de coche; treinta y tantas de ferrocarril funicular; veinticinco por ser llevados en silla hasta cerca del cráter; seis por agarrarse á una cuerda; y todo para recibir en la cara un humo asfixiante y ver

un poco de ceniza, donde á cada paso que dan se hunden medio metro, entre el páni-
co de ser robados ó precipitados al cráter,
la fatiga de una ascensión casi vertical, y
la aprensión de que el volcancito tenga la
humorada de pegar un bufido atroz y escu-
pir por el colmillo un par de torrentes de
lava. Escandaliza también á mis compa-
triotas el modo de ser de los italianos, y
dicen que no se ha visto gente más pedi-
güña y hambroña.

Aquí piden dinero por enseñar una calle,
por levantar el pestillo de una puerta, por
mudar de sitio una silla, por el hecho de
que uno se vuelva y les mire á la cara. Ver-
dad es que con unos cuantos perros chicos
de Víctor Manuel se contentan, y aun lle-
nan al dador de gracias y bendiciones.

El santuario de Loreto es una curiosidad
devota, que atrae todos los años la asom-
brosa cifra de medio millón de peregrinos
á la Marca de Ancona. Su origen se re-
monta á la fundación del cristianismo.
Asegura piadosa tradición que los Apósto-
les consagraron á iglesia la casita de Naza-
ret donde nació la Virgen, colocando en
ella un altar de piedra en el cual San Pe-
dro celebró la primera misa, una cruz grie-

ga de madera con la imagen del Redentor
pintada, y una imagen que representaba á
la Madre de Dios, tallada en cedro por San
Lucas. Saqueado Nazaret el año 74 de la
era cristiana por Tito, se salvó milagrosa-
mente la casita, y más adelante, Santa Ele-
na, madre de Constantino, fué á visitarla
en peregrinación, y la hizo ceñir de fuerte
muro de piedra sillar, erigiendo un templo
que la rodeaba y cobijaba toda.

Desde que la devota emperatriz dió el
primer paso, siguieron el ejemplo los cris-
tianos de su época, y á partir del siglo iv
la casa de Nazaret es objeto de culto fer-
voroso y ardiente. Los paladines que Tasso
cantó en su *Jerusalén libertada*; los Templa-
rios de blanco manto y roja cruz, la de-
fienden con igual celo que defendían el se-
pulcro de Cristo. San Luis, libre apenas
del cautiverio del Soldán, se viste un cili-
cio y va á llorar lágrimas de gratitud sobre
el pavimento de la *dimora casta e pura*. Pero
las Cruzadas desmienten las esperanzas de
la cristiandad; el infiel señorea los Santos
Lugares, y lan oche del 10 de mayo de
1291, reinando en Oriente Andrónico II, en
Occidente Rodolfo de Hapsburgo, en el
Vaticano Nicolás IV, los ángeles transpor-

tan la casita de Nazaret á las playas del Adriático, en Dalmacia, para evitar que la profanasen los sarracenos. Gran asombro causó allí la aparición de la casita de forma arcáica y oriental. Notóse con sorpresa que no tenía sino una angosta ventana; que en sus paredes estaban colgados los utensilios caseros de una familia pobre, escudillas de barro, de esas en que las madres dan de comer la sopa á sus hijitos. El obispo Alejandro asegura que aquélla es la misma casa de la Madre de Dios de Nazaret; el pueblo dalmata se entrega á demostraciones de alegría; pero la satisfacción le dura poco, pues á los tres años los ángeles vuelven á tomar la casita en peso, y de Dalmacia se la llevan á un viejo bosque de laureles, consagrado tal vez á alguna divinidad pagana, situado en un lugar poco distante de Recaneti. De laureles era el bosque; su dueña, una rica señora llamada Laureta; el confín marítimo, de Loreto se nombraba.

Todavía no pararon aquí los viajes de la casa de Nazaret. Como la espesura de laureles sirviese de guarida á malhechores que asesinaban á los peregrinos, los ángeles la colocaron á poca distancia de allí, en sitio despejado y accesible, y pasado algún

tiempo, la corrieron algo más lejos, á donde actualmente se encuentra.

Me apresuro á advertir que no se incurre en herejía por no dar fe á estas milagrosas y reiteradas traslaciones; así me lo ha afirmado un padre capuchino de quien hablaré luego; y añadido que, juzgando según las reglas de la crítica humana, la casa tiene un carácter de autenticidad y antigüedad marcadísimo; todo lo que en ella se ve—piedras, ara, frescos ya borrosos y ennegrecidos, imagen de cedro, cruz griega, escudilla,—ofrece el mismo sello arcáico.

Los escépticos razonables sin dejar de ser creyentes pueden arreglar el asunto admitiendo que la casa es, en efecto, la de la Virgen, y que por salvarla de ultrajes y deprecaciones de infieles, los cristianos la transportarían secretamente á la primera costa en que pudieron abordar, y luego á los sitios más favorables para que recibiese el debido culto. De todas suertes, el edificio resulta sacrosanto y venerable por extremo.

El santuario lauretano creció en fama, riquezas y afluencia de peregrinos; se erigió una basílica suntuosa que lo encerrase y resguardase como la concha á la perla, y en torno suyo se formó una villita muy po-